armada, robustecer las fuerzas que los habian de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió, despues de largos discursos, que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. *como deber de cortesía*, manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no deponer las armas á sus piés.

No contentó á don Francisco Toraldo semejante resolucion, y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos dias ántes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó á caballo, y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos, para ver si podia sorprenderlos y hacerles consentir en la deposicion de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigia la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oia con deferencia, cuando le ocurrió en mal hora servirse inoportunamente de un argumento *ad terrorem*, diciendo: que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo, porque sino la armada, que era la más poderosa del mundo, podria muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas, y tras de ellas tal repentino furor en la turba, que faltó muy poco para costarle caro al capitan general del pueblo.

Tambien el Virey por otra parte, miéntras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Miraballo, negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondria tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustin (1).

CAPITULO X

Al dia siguiente 3 de octubre fueron á bordo los diputados del pueblo para cumplimentar y regalar al jóven príncipe. Recibiólos éste con grandes muestras de amor y de consideracion, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que habia tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningun modo para deservicio de S. M.

Eludió don Juan sagazmente la cuestion, contestando con palabras generales; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discrecion de tan excelso príncipe. Pero miéntras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demás de la escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretexto de vender chucherías, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecian. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó a decirse en todas partes sin rebozo (como refieren De Santis y Capecelatro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habian desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron más feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenian que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie más que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas; y ufano más de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido más de lo que su situacion permitia, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal arzobispo, ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente á prueba, en aquellas nuevas circunstancias; pues sin contar para nada con él, y desdeñando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra, y á dominar el ánimo del príncipe para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto don Francisco Toraldo, Désio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del órden y de la autoridad legítima, y que viendo más claro que el Virey, no querian llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunion de San Agustin las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que dejase el pueblo las armas depositadas en un almacen de la plaza de la Sillería, situada en el centro de la ciudad, y que quedasen sólo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, ó algun rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecia este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al señor don Juan de Austria de este acuerdo, que debia producir el más feliz resultado. Recibiólos el príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habian extraviado su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, los despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad; y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos dias ántes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno aceptable la proposicion de la junta de San Agustin; porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podia ménos el Virey de manifestar siempre indecision, ó porque quiso obrar con más apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolucion. Ciertamente no comprendemos cómo el que queria con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelion abierta, hallaba tanto peligro en sólo seis mil, y despues de haber hecho todo el pueblo un acto positivo de sumision.

Celebró pues el duque de Arcos al dia siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar á las personas que habian de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spínola, el negociante genovés, que como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolicion de la gabela sobre la fruta, origen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusion, este hombre prudentísimo, que conoció la propension de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderacion y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponia el sujetar á viva fuerza la sublevacion armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan ardua empresa; pues aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograria más que arruinar casas y palacios. Y en fin que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto que inspiraria la presencia del príncipe real, podria tener más ventajoso resultado. – El capitan de la guardia del Virey, que asistia á la junta, caballero español, jóven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevacion. Que se recordara lo que habia sucedido en tiempo de don Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la inquisicion; y que bastaron entónces tres mil españoles para sujetar y escarmentar á Nápoles revuelta. – Repúsole Spínola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que entónces vivia y reinaba un Cárlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónces tenia la ciudad de Nápoles la cuarta parte de poblacion que al presente, y sólo quince mil hombres sobre las armas: los que fueron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la inquisicion no se estableció (2).

O hicieron impresion en el ánimo del duque de Arcos las razones del Spínola, ó aunque ya resuelto y decidido por la guerra, le asombró, como sucede á los carácteres débiles, su propia resolucion, y aun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad; pues disolvió la reunion sin que nada quedara decidido, y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustin. En ella manifestó por medio de sus comisionados, que el príncipe hijo del Rey no podia ni debia venir á tierra, hasta que los napolitanos todos depusiesen las armas á sus piés. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestacion, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo príncipe; y entablóse una reñida y larga discusion. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condicion, aunque con ciertas cortapisas; pero los que tenian intereses creados que sostener, ó justos temores que considerar, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, pidiendo guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Désio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la proposicion del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habian llegado las cosas: que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles: que el pueblo armado seguia cometiendo tropelías inauditas, y faltando abiertamente á la capitulacion: que la insubordinacion de Genaro Annese y de otros cabos populares, que continuaban almacenando pólvora en el torreon del Cármen y trabajando en las fortificaciones, no se podia tolerar: y que era necesario para el bien comun dar fin á tantos desórdenes y avenirse á la razon. – No pudo acabar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Caffiero y otros, que no sólo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que lo atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á ponerse en salvo para huir de una muerte cierta. Refugióse en la sacristía, y alejóse luégo de San Agustin para ponerse á buen recaudo (3).

Otra reunion se verificó al anochecer en palacio presidida por el Virey, donde se mostró éste más conciliador y razonable de lo que solia, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un consejo privado á que asistieron sólo el general don Vicente Tuttavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitan de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El Duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para más asegurarla hizo extender un acta prolija, firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así aunque Tuttavilla, ántes de firmar, expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debia fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenian ya tanta influencia como se imaginaban; y sobre la poca fe que merecian las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperacion de una fuerza, que acaso no encontrarian disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones, firmó pues el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el Duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que seria difícil hacerse con él, porque no vendria ni al palacio ni al castillo aunque se le enviase á llamar. Replicó Tuttavilla que no se resistiria á ir á la nave real si el príncipe lo convocaba, y que podia arrestársele á bordo: debiéndose hacer lo mismo con el electo Arpaya, que fingiéndose partidario del órden y celoso servidor del Rey, era el que más acaloraba la sublevacion y el que más imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fueron á deshora á la Capitana el Virey y el visitador general para obligar al príncipe á que llamase á Toraldo. Hízolo, mas este ó porque algun aviso secreto le advirtió del peligro, ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, y yéndose á bordo á tales horas, ó porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónces se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil soñados cálculos de las fuerzas populares que se unirian á las tropas, les guardarian las espaldas y asegurarian el triunfo. Con lo que don Juan, jóven inexperto, y sus consejeros no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obcecado Virey. Decidióse pues que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres; que el teniente Désio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y apretase con recato las fuerzas populares que habian de ayudar á la operacion; y que esperaran todos para obrar la señal que daria la torre del homenaje de Castelnovo, adonde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

CAPITULO XI

No encontró Désio tan bien dispuestas como se creia las gentes con quienes se contaba. Y advirtió además que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurria, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algun tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecucion el proyectado y dispuesto ataque; pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquier pretexto á Castelnovo al electo Arpaya, á los dos hermanos Caffieros, á Salvador Barone, al secretario de Polito, á su sobrino Bautista, á su hijo Fr. Hilario, á Gregorio Accieto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran más capaces de dirigirlo y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Enviáronseles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el castillo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdia el tiempo) el consejo de guerra que los debia juzgar: tomóseles declaracion sin demora; confesaron aterrados y sin apremio, que á instigacion de Palumbo y de Genaro Annese, se disponian á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresion, combatiendo los castillos y cañoneando la armada, y que hacia dias estaban en correspondencia con el marqués de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traicion, fueron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin más esperar ejecutados: salvándose sólo Fr. Hilario Polito, para tenerle como en rehenes, y Francisco Arpaya. De este exigió en el acto el Virey, que como *electo del pueblo* le pidiera en nombre de la ciudad la ocupacion á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el órden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresion, que tenia todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y aun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posicion. El pobre Arpaya fué sumido en un calabozo, trasladado despues á Cerdeña y de allí á España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran, en el que murió á los pocos años (1).

A media mañana del dia 5 de octubre, los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castelnovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hácia la calle de Toledo, atropellando á la multitud y causando espanto general, desórden y confusion, aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando: *viva el Rey, vivan las gabelas.* Enarboló en la torre del homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al Arzobispo, con quien para nada contaba hacia ya muchos dias, encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignóse el Prelado, y contestó que jamás prostituiria así su santo ministerio, ni demandaria los socorros espirituales en favor de una venganza atroz é inaudita; repulsa que no dejó de atemorizar al Duque, casi arrepentido, pero ya tarde, de su resolucion.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creia tan inmediato, aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas que lo atropellaban todo, y aunque acudió á la defensa de sus puestos, lo hizo en desórden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo, tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo, y dividiéndose unas y otras en pelotones, mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos más importantes de la ciudad, y apoderándose de ellos con poca pérdida y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacen de aceites, la aduana de la harina, el hospitaleto, la cartuja de San Martin y Pizzo-falcone, quedaron pronto en poder de los españoles; y los populares, arrollados en todas partes, sin tener ya dónde repararse y hacer resistencia, y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castelnovo (como aconteció á Andrea Polito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fué inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas) (2), huian despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenian en ningun punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puntos que habian ocupado, pensando sólo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperacion, tratara no sólo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismos que, partidarios del órden y de la paz, se habian mostrado deseosos de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas y volaron á la pelea; y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo más de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo, despreciando la muerte, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habian ganado los españoles. Estos, viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimamente sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pidieron socorro á Castelnovo. Mas ¿cómo podia mandárselo el Virey, si habia dispuesto de todas las fuerzas, y no habia dejado ninguna reserva?... Envió órden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la pelea. Santelmo, Castelnovo, Castel del Ovo, y las galeras, avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno, esparcia el terror y la confusion por toda la comarca.

El señor don Juan de Austria, en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó varias veces con desconsuelo: *¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debian ayudarnos? ¿Dónde están* (3)? Reconvencion amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos lo habian decidido á un paso que repugnaba á su corazon.

Combatíase en toda la ciudad con teson y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistian con valor heróico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo más empeñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importante puesto los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente (4).

El teniente Désio se habia quitado la máscara, y decididose abiertamente por el Virey; y con los pocos que le quisieron del pueblo, que aun seguian ciegamente la causa española, hizo prodigios de valor aquel dia, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro y en el del Mandaracho. Pero la artillería del torreon del Cármen, donde mandaba Genaro Annese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque don Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, no consiguieron más que aumentar la reputacion de su bizarría, teniéndose, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castelnovo. Y los bajeles, ya desguarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detrás de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaja.

Mandaba aquel desastroso dia todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñon (5), que como dejamos dicho, habia venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa porqué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido más á su reputacion; y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocia la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentó grandemente su embarazo, tanto que hallándose con un número de enemigos superior al que habia calculado, con continuos ataques mucho más ordenados y vigorosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocia, se arrepintió de haberse fiado de los planes del Duque y de haberse plegado á sus exigencias; por más que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las más acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados y para recuperar los perdidos.

Don Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posicion, si de veras anhelaba la paz y el mejor servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias; trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigia las operaciones sin engañar á los que se habian puesto en sus manos; y como militar entendido y experimentado ponia en muy duro aprieto á los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrian, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano dónde refugiarse; el són de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado; en otros el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para volar denodados á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus ruinas. Llegó tambien en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de más valía, entre ellos el famoso duque de Maddaloue, reunidos bajo la inspiracion del consejero Miraballo, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadizas que habian levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron á campaña para cortar los víveres á la sublevacion, é impedir los socorros que de las provincias pudiera recibir; y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido, que los dirigiera y gobernara (6).

Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea: en ambas partes se hacian portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y á la matanza, habiendo sido aquel funesto dia uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á más alto punto hayan llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

CAPITULO XII

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habian abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevacion, se habia engrosado considerablemente; y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-María, donde se habian hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa; pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al rey en Flandes, en Lombardía y hasta en América, se habian acostumbrado á la guerra y conocian todas las reglas del arte, ningun riesgo ni dificultad las arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolucion los ataques á aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrellaron en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y don Francisco Toraldo propuso la construccion de un mantelete con ruedas que facilitara la operacion. Hízose á toda priesa, pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traicion del general para entretenerlo y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo, y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo, como algunos exigian, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre de más confianza. Y quedó elegido teniente de maestre de campo general, puesto vacante por la abierta defeccion de Désio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masaniello (7).

Desistióse por entónces del ataque á Jesus-María, pero fueron embestidos otros puestos tambien de importancia: unos resistieron gallardamente, otros, siendo en vano la más obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fueron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado más que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El dia 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepujar estos reparos al descubierto, inventó la siguiente estratagema. Reunió un gran número de búfalos montaraces, y acosados y mordidos por perros de presa, los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se habia propuesto, arremetiendo denodadamente detrás de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo (8).

Despechado el Virey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnicion de Castelnovo, para recobrar aquel importante puesto y escarmentar á los vencedores; pero muy luégo tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo, apoderado de las casas vecinas, le atajó el paso con un fuego muy nutrido desde los balcones y azoteas.

Aquel dia recibió la sublevacion considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Pagani y San Severino; pero los que venian de otras ciudades más lejanas fueron detenidos por la caballería de los nobles, que corria la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y don Francisco Toraldo, despechado y con-

---

(1) De Santis. – Capecelatro. – Raph. de Turris.

(2) Raph. de Turris.

(3) De Santis.

(1) De Santis.
(2) De Santis. – Capecelatro, MS.

(3) De Santis.
(4) Capecelatro, MS. – Donzelli.
(5) Capecelatro, MS. – De Santis. – Agnello de la Porta, MS.

(6) Capecelatro, MS. – Parrino.
(7) De Santis.
(8) Capecelatro, MS. – De Santis. – Raph. de Turris.

fuso con el desaire que le habia hecho el pueblo dándole un teniente ó más bien un superior de condicion tan baja y humilde como Donnarumma, no deseaba más que el término de aquella confusion. Y despues de recobrar por medio de sus amigos y parciales alguna parte de su pasada influencia, recordando la lealtad, bizarría é inteligencia con que habia dirigido el primer dia las operaciones, aprovechó aquel momento en que, necesitando ya todos de algun reposo, se combatia con flojedad, proponiendo que se pidiera una tregua de seis dias al Virey, para reponerse algun tanto, y buscar aún si era posible algun medio de honrosa conciliacion. Era tan grande la fatiga general y la necesidad de respiro, que no fué mal acogida la propuesta; y aprovechando la buena disposicion del momento, fué Octavio Marchesse á negociar á Castelnovo.

El duque de Arcos, siempre tan inexorable cuando se creia con ventajas, cuanto débil y complaciente cuando se creia sin ellas, y obcecado, desde que empezaron á combatirlo tan extraños sucesos, á tal punto que jamás juzgó con acierto las circunstancias, equivocando siempre sus resoluciones todas; juzgó, á pesar de la situacion en que veia la ciudad y el reino, de la escasez de sus tropas, y del mal estado de su inconsiderada empresa, que la propuesta de tregua era indicio de debilidad y desfallecimiento. Y dando nuevo pábulo á sus descabelladas esperanzas, creyó que aquel era el tiempo de seguir impertérrito su malhadado plan, con la seguridad del triunfo; y negándose á toda habla de acomodamiento, mandó redoblar el fuego de los castillos y tentar nuevos ataques y embestidas á los puntos reconquistados por el pueblo. Afligido Marchesse con el mal éxito de su comision iba á retirarse, pero fué detenido y preso, por haberse encargado de ella (1).

Abiertas con nuevo furor las hostilidades, arrojó el pueblo del puesto de los Estudios á las tropas tudescas que lo guarnecian; y revolvió sobre el monasterio de San Sebastian para hacer lo mismo con las españolas. Heróica fué la defensa que estas hicieron; pero era tal la multitud resuelta que daba el asalto, y tan repetidos y vigorosos los ataques, que al cabo se apoderaron los napolitanos de la parte baja del edificio, quedando los españoles en el piso principal, y continuando así por muchas horas la pelea. Escena muy repetida modernamente en la inmortal Zaragoza, cuando la sitiaron los franceses en la gloriosa guerra de la Independencia.

Raros sonaban ya los gritos de *viva el Rey de España*. Y como algunos jefes del pueblo, oyéndolos aún en medio del combate, manifestaron que era absurdo gritar *viva el Rey* y pelear con sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes; cesaron del todo aquellas aclamaciones, se abatieron las banderas en que habia armas reales de España, y empezó, cundiendo con suma rapidez y aplauso, el grito de *viva el pueblo y San Pedro*.

Mucho agradó el cambio al cardenal Filomarino: se aprovechó de él para ganar partidarios al Papa, recordando su soberanía; y escribió á Roma muy satisfecho, y (nos duele el decirlo) pidiendo el nombramiento de Capitan general del reino (2). No agradó este incidente al Padre Santo, que queria conservar á toda costa el Estado de Nápoles bajo el dominio de España, temiendo que cayese en manos de los franceses. Desaprobó el celo del Prelado y le dió órdenes terminantes, no sólo de trabajar activamente en evitar todo personal compromiso, sino de rechazar cualquiera propuesta de sumision que intentase hacerle el pueblo.

Los nuevos brios que iba adquiriendo la sublevacion, ya tornada en rebelion descarada con este completo alejamiento de los principios de lealtad y de amor al Rey, hasta entónces nunca conculcados; el ver que sin esperanzas de socorro, y con las pocas y fatigadas fuerzas que le obedecian no era fácil salir adelante de tanto apuro; el conocer que ni los castillos, ni las naves podian causar ya más estrago en la ciudad, y el encontrarse apretado con las exigencias de la escuadra que pedia víveres y municiones, escasísimas ya para todos: amilanaron el ánimo del Virey, que abriendo, aunque tarde, los ojos, conoció sus desaciertos, y lo mal que habia hecho en no conceder la tregua que habia el mismo pueblo solicitado. Pero como era su estrella la de no acertar nunca en sus resoluciones, se le ocurrió la peregrina idea de pedirla él á su turno, creyendo que la obtendria con facilidad y que con ella ganaria tiempo para obrar segun las circunstancias se presentasen.

Escribió pues un billete lleno de ofertas y de palabras blandas, como solia, á don Francisco Toraldo, haciéndole la proposicion. Recibióla este general en el momento en que acertadamente dirigia la construccion de una trinchera en la plaza del Puerto, con que combatir á Castelnovo; y para demostrar al pueblo que lo circundaba su lealtad y buena fe, lo mandó abrir y leer en público. Indignada la muchedumbre con la peticion de tregua tan inoportuna, hecha por el mismo que la habia rechazado el dia anterior, y juzgándola, tambien á su vez, indicio de debilidad, respondió con el grito unánime de guerra, y arboló en el torreon del Cármen una bandera encarnada, por la que conoció el pobre duque de Arcos el mal éxito de su inconsiderada tentativa (3).

Grande empeño tenia el pueblo en desalojar á las tropas que se habian fortificado en la iglesia de Santa Clara, punto céntrico de la ciudad; y construyó con acierto una trinchera en la calle de Torcella, y unos carros fuertes con artillería, cubiertos de gruesos tablones, para aproximarse sin riesgo de las nutridas descargas de la certera arcabucería española; y despues de un tenaz ataque y de una obstinadísima resistencia, los soldados españoles, faltos enteramente de municiones, tuvieron que rendirse, y fueron inhumanamente hechos pedazos por la muchedumbre enfurecida.

Esta pérdida lamentable fué seguida de otra tambien de consideracion. Escaseando los víveres en todos los castillos, mandó el Virey que fuese una galera á la torre del Greco, para recoger grano y harinas de aquellos molinos; en la que, y al llegar á las playas de Resina, se rebeló la chusma, embistió en tierra y rompió sus hierros. El comandante y algunos hombres de mar, no pudiendo poner remedio, se salvaron con gran peligro, arrojándose en el esquife y huyendo en él á fuerza de remos á Castelnovo; miéntras el paisanaje, acudiendo á la playa, y entrando en el mar con el agua á la cintura, recibió en los brazos con el mayor entusiasmo á los galeotes y quemó el casco, no siendo posible desencallarlo; pero retirando ántes la artillería, que fué con gran algazara conducida en triunfo al torreon del Cármen (4).

CAPITULO XIII

Desesperado el Virey con tanto descalabro, se echó en brazos de la nobleza, buscando en ella socorro y sosten. Envió emisarios á Capua, donde estaba Miraballo, y con él el duque de Maddalone, el príncipe de Torrella, el duque de Gravina y otros señores, reuniendo nuevas fuerzas de sus vasallos y de los bandidos; y les mandó no abandonar la campaña, procurar víveres á los castillos, y continuar cortando los de los rebeldes, é impidiendo que les llegasen socorros y refuerzos de las provincias.

Entre tanto el fuego de los castillos empezaba á ser más lento, por la escasez de municiones, y por el poquísimo efecto que causaba ya en los sublevados; pero los combates parciales eran continuos, y mucha la sangre que de una parte y otra se derramaba. Violentó el pueblo la carcel de la Vicaría, hasta entónces respetada. Quemó el archivo del real patrimonio, y dió libertad á los presos por tratos con la Francia. Hallábase entre ellos un hombre audacísimo, llamado Luis del Ferro, al cual, con otros partidarios de los franceses, se le ocurrió levantar en la plaza del Mercado un trono, y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. No habian llegado las cosas al punto de madurez necesario para esta demostracion harto significativa, y produjo un efecto contrario al que se habian propuesto sus inventores; pues si una osada cuadrilla, prevenida de antemano, corrió á victorear al monarca francés, otra no pequeña corrió á derribar el trono y el retrato, como se verificó, no sin derramamiento de sangre de unos y de otros, quedando tranquila espectadora de aquella parcial contienda la masa popular (5). Este acontecimiento le pareció al Virey que demostraba no haber perdido aun el pueblo napolitano su adhesion á la corona de España, y que ofrecia por lo tanto ocasion oportuna para tentar de nuevo la via de la negociacion; y pidió inmediatamente al señor don Juan que escribiera al pueblo dándole las gracias por aquella muestra de lealtad; lo que el príncipe no verificó entónces, y él lo hizo á Toraldo con proposiciones nuevas de acomodamiento. La respuesta que tuvo fué ver enarbolar un estandarte negro en el torreon del Cármen, y renovarse con gran furia el ataque simultáneo de todos los puntos ocupados por las tropas, llevando el pueblo á su frente por bandera la camisa ensangrentada de un español de cuenta que acababan de asesinar.

Afligido el ánimo generoso del jóven don Juan de Austria, y disgustado de las escenas de sangre y de destruccion que presenciaba; desabridísimo con el duque de Arcos, que con sus falsas relaciones y apasionados consejos le habia comprometido á usar de sus fuerzas físicas y morales para verlas desairadas; viendo consumidas casi sus municiones, escasísimos de víveres sus marineros, rendidas de cansancio las chusmas, muy averiados sus bajeles; resolvió retirarse á la bahía de Baya, detrás del monte Posilipo. Verificólo sin más consulta, con gran despecho del Virey, á quien dejó sólo las galeras de Giannetin Doria, fondeadas al abrigo de Castelnovo, y dos naves armadas, que en las playas de Resina trataban de vengar el incendio de la galera sublevada.

La ausencia de la escuadra hizo el debido efecto en el pueblo, por más que el Virey trató de divulgar que no era más que una manifestacion del deseo de que cesasen las hostilidades, pero que volveria muy pronto más terrible y asoladora, si las cosas no se mejoraban. Los sublevados cobraron nuevo brio, y se arrojaron, no teniendo ya que temer en la marina, á embestir la trinchera de Monserrate, que defendia la aproximacion á Castelnovo. Guarneciala como punto importantísimo, ochenta ilustres caballeros escogidos, cuarenta españoles y cuarenta napolitanos. Don Francisco Toraldo, que ya se habia podido sobreponer á Donnarumma, dirigió en persona el ataque con pericia y con valor; pero los que defendian la trinchera lo hicieron con tanta bizarría y resolucion, que rechazaron constantemente á las tropas populares, causándoles una pérdida horrorosa. Este descalabro fué juzgado por los sublevados traicion de su caudillo. Lo atropellaron y llevaron casi como preso abrumado de insultos y de amenazas á la plaza del Mercado, donde hubiera perdido violentamente la vida á manos de aquellos furiosos, sin los esfuerzos de sus amigos y parciales, que consiguieron apaciguar un tanto el embravecido populacho. El angustiado Toraldo, cuya posicion era harto lastimosa, quiso hacer allí mismo dimision del generalato; pero los mismos que pocos minutos ántes lo iban á despedazar, se opusieron con la misma violencia á su renuncia del mando. Con lo que rogó al pueblo que á lo ménos le dieran algunas personas que mereciesen la confianza general, para servirle no sólo de consejeros, sino de testigos y hasta de espías de su conducta leal. Fué complacido en esto, y nombráronse por tumultuosa eleccion cuatro plebeyos de los más exagerados para servirle de consultores (6).

Aquel dia se cometieron algunos asesinatos so pretexto de castigar traidores, que andaban en tratos para vender la ciudad á los españoles; y tambien fué asaltado el convento de Jesuitas, profanando la iglesia, y muertos á puñaladas varios religiosos. Y hubieran sido mayores el escándalo y la matanza, si el Arzobispo cardenal no hubiese acudido á contener, con riesgo de su persona, á los furiosos que perpetraban tan horrendos crímenes.

Continuaban en tanto los ataques á las obras avanzadas de los castillos, y á los demás puestos que con tanta fatiga y gloria mantenian los españoles, sin esperanza de socorro, escasos ya de municiones, faltos absolutamente de víveres, y abrumados de cansancio. Volvió á jugar su artillería Castelnovo, sin más efecto que el de derribar algunas casas, que quedaban en pié, de la calle del Olmo. Y viendo el Virey que el pueblo no amansaba, y que la fuerza española con una constancia heróica se consumia en hazañas sin resultado; quiso terminar tan angustiosa situacion, y se dirigió al ofendido cardenal Filomarino rogándole humildemente, que se pusiera de nuevo de acuerdo con él, y desplegara otra vez su poderosa influencia y los recursos de su ministerio, para calmar el furor de los napolitanos, y persuadirles á aceptar una honrosa capitulacion. Rechazó con entereza el Prelado este mensaje, diciendo: «Que no se maravillaba de que quien habia perdido el reino con su mala fe, tuviera en tan poco el decoro de la Iglesia, que quisiera comprometerla de nuevo, despues de haberla obligado á aparecer á los ojos del pueblo como engañadora y perjura (7).» Indignó tanto esta respuesta al Virey, que ciego de cólera mandó inmediatamente asestar la artillería contra el palacio arzobispal y destruirlo. Y sólo el prudente Spínola, que se hallaba presente, y que sobornó con disimulo á los artilleros para que hicieran mal la puntería, salvó al Duque de un crímen inútil y de una venganza insensata (8).

Llegaron comisionados de los barones que, teniendo por cuartel general á Capua, corrian las avenidas de la ciudad, para ponerse de acuerdo con el príncipe don Juan y tomar sus órdenes; pero este, que confiaba poco en su socorro, y que sólo deseaba ardientemente no continuar aquella guerra desastrosa é interminable, procurando una paz honrosa para la tranquilidad de aquel infeliz reino, los envió á entenderse con el Virey. Pidieron á este nuevas instrucciones, y sobre todo que les diera un caudillo que los dirigiera y mandara; y el Duque eligió para ello á don Cárlos de la Gatta. Mas como se resistiese este entendido militar á aceptar el cargo, lo confió al general Tuttavilla; el cual autorizado con el correspondiente nombramiento, marchó inmediatamente con dos galeras á Baya, para ir desde allí, con setenta españoles, cincuenta alemanes y sesenta caballos borgoñones, á Aversa y Capua; probando de pasada, con la gente de guerra de Puzzoli, que se mantenia leal, si podia apoderarse de la gruta de Posilipo, ocupada por los sublevados, y abrir un camino de abastecer las tropas y las fortalezas. No logró esta empresa, porque encontró más oposicion de la que habia calculado, y marchó sin tardanza en busca de los barones, acompañándolo algunos caballeros.

En tanto el señor don Juan, deseoso de entablar por sí mismo y directamente negociaciones de acomodamiento, se valió del cura párroco Arinolfo, para escribir á Toraldo, tomando por pretexto el desaire que los napolitanos habian hecho al retrato del rey de Francia, una carta muy afectuosa, y dando márgen con sencillas ofertas á una aceptable capitulacion. El capitan general de los sublevados la leyó á los cabos populares; y con su acuerdo contestó respetuosamente, pero sin comprometerse á nada, manifestando harto que la desconfianza con que todos le miraban le ataba las manos para todo. Pero de esta correspondencia resultaron nuevas reuniones populares propendiendo á un ajuste, y el que se cruzaran, con un seguro que dió el príncipe, varios mensajeros de la plaza del Mercado á Baya, haciendo diversas propuestas. Redujéronse todas, por parte de los napolitanos, á que S. A. tomara el mando del reino, confirmando las capitulaciones juradas por el duque de Arcos, y entregando al pueblo el castillo de Santelmo, exigencia que imposibilitaba todo acomodo; pues si á todas las demás, por exageradas que fuesen, se prestaba el príncipe anhelando la conciliacion, de ningun modo podia acceder á que el pueblo se apoderara de tan importantísima fortaleza. Rota pues la negociacion, por esta causa, creció la rabia de los sublevados. Revocaron con público bando la concesion del tributo de quince carlines por hogar, decretada, como dijimos, el dia que se juró la capitulacion adicional. Declararon en forma solemne guerra á muerte á España y á sus valedores. Mandaron tomar las armas á todos los habitantes del reino. Tornaron con nuevo furor á atacar los puntos fortificados. Y advertidos de que los nobles andaban ya en campaña, publicaron de ellos una lista de proscripcion, poniendo á talla sus cabezas, y circularon por las provincias órdenes terminantes para que los persiguiesen y exterminasen, imponiendo la pena de incendio á los lugares y aldeas que los admitiesen sin resistencia.

Al mismo tiempo, desconfiado siempre el pueblo del general Toraldo, por más que en las operaciones militares lo dirigia con acierto, y disgustado ya de Donnarumma, ignorantísimo en la guerra, y cuyos recursos de entendido capitan se agotaron con la estratagema de los búfalos; quiso poner en su lugar un soldado experto en el arte, y capaz de dirigir las operaciones complicadas de ataque y de defensa en regla, á que estaba ya reducida la pelea en las calles de la capital. Puso los ojos la muchedumbre en Marco Antonio Brancaccio, que aunque pasaba de setenta y cinco años, conservaba todo el vigor de la edad juvenil, y una justa reputacion de militar científico y arrojado, adquirida bajo las banderas venecianas, siendo además conocido por su odio acérrimo á los españoles. Reuniéronse pues los sediles, y por unanimidad fué elegido maestre de campo general.

Recibió don Francisco Toraldo este nuevo desaire con despecho; pues si le mortificó la anterior eleccion de Donnarumma, por lo zafio y humilde del compañero, ó por mejor decir, simulado superior que le daba el desconfiado pueblo; ahora lo humillaba la eleccion de un caballero igual suyo, y más entendido en el mando de la milicia y en las operaciones científicas de la guerra.

Brancaccio se resistió á aceptar el nuevo cargo, diciendo abiertamente que no queria ponerse á la cabeza de una sublevacion que, segun el rumbo que llevaba, habia de concluir tarde ó temprano en un acomodamiento con los españoles, que ejercerian á mansalva crueles venganzas. Pero como le asegurasen en unánime voz los que le eligieron, que jamás, jamás llegaria tal avenencia, y que ya se combatia para sacudir el yugo extranjero, admitió el mando y empezó á ejercerlo con suma energía (1).

Como hubiesen vuelto á resonar, aunque rara vez, los gritos de *viva el Rey de España*, ya por la fuerza de la costumbre, ya por sugestion de los partidarios de la casa de Austria, reforzó Brancaccio las razones que militaban contra tan absurda aclamacion, contradicha con los hechos, y la prohibió con severas penas. Mandó abatir en todos los edificios públicos las armas reales, y ponderó en continuas peroratas la ventaja de establecerse en república libre é independiente. Muy bien acogidas fueron sus indicaciones; y aunque sin precederle acuerdo formal ni declaracion en regla de tan importante mudanza, empezó á mirarse la ciudad como cabeza de la república napolitana. Y se acordó en la junta popular la redaccion de un documento muy curioso, titulado: *Manifiesto del pueblo*, que se esparció por toda Europa, y que se envió oficialmente á diferentes gobiernos.

Mucho alarmó á Toraldo el supremo ascendiente que tomaba el maestre general Brancaccio, y el giro que, sin contar para nada con él, que al cabo era de derecho la suprema autoridad, iba dando á la sublevacion. Pero, conociendo su propia debilidad, trató de contemporizar y de procurar, valido de sus amigos y parciales, que aun eran muchos, balancear y entorpecer los osados proyectos de su rival, y cada dia era más embarazosa su posicion. Don Juan de Austria lo miraba como enemigo; el Virey como hombre despreciable y de fe dudosa; los nobles como desertor; los amantes de la paz como inútil para obtenerla; el pueblo como traidor solapado, y encubierto instrumento de sus opresores; y hasta sus mismos partidarios como demasiado blando y contemporizador: triste y merecida suerte de los que en las discordias civiles quieren servir á todos los partidos á un tiempo y contemporizar con encontrados intereses por la vana esperanza de concertarlos.

CAPITULO XIV

Antes de llegar el general Tuttavilla á la ciudad de Aversa, salieron, sabedores de su venida, á recibirle los principales nobles, que con sus fuerzas colecticias y de toda broza lo esperaban para regularizar la guerra. Y despues de conferenciar largamente con ellos, y de inculcarles la necesidad de disciplinar su gente, de procurar socorros á los españoles apretadísimos en los castillos y puestos, designó á cada cual el que debia ocupar y sostener; y reuniendo lo más granado de aquellas fuerzas, revolvió sobre Nápoles para apoderarse del Vómero, como tenia determinado

Cada dia escaseaban más los víveres á las tropas reales. Y habiéndose apoderado el pueblo de los molinos de la torre de la Anunciata, que estaban defendidos por sólo cincuenta soldados tudescos, temió el Virey que corrieran la misma suerte los de Castellamare y Gragnano; y expidió título de gobernador de aquella costa á don Pedro Caraffa, dándole el mando de cien infantes españoles y de sesenta caballos napolitanos, fuerzas, aunque escasas, suficientes para rechazar toda invasion, pues eran tropas escogidas, y militaban en ellas el marqués de Trévico, Bautista Alberico, Alejandro Caracciolo, el conde de Oppido y otros soldados de reputacion.

Tambien envió á Puzzoli una galera para llevar á Tuttavilla algunos cañones que habia pedido y dos mil ducados en metálico para compra de vituallas. Hallóse oportunamente el general con este auxilio cuando volvió de su entrevista con los barones. Y como en su marcha hubiese sorprendido una piara de vacas de carne, pertenecientes á un carnicero de Nápoles de los más revoltosos, y un almacen de pipas de vino, excavado en medio de un espeso bosque, envió uno y otro á Castelnovo, y además gran cantidad de harina, que le habia procurado el duque de Maddalone. Socorro de gran consideracion en aquellas circunstancias, que dió gran fama al general Tuttavilla, y que restauró el abatido ánimo del Virey y las casi postradas fuerzas de los valerosos españoles que en mal hora le obedecian.

El nuevo maestre de campo Brancaccio quiso estrenarse dando una arremetida general á todos los barrios sostenidos por los españoles; pero fué en todos completamente rechazado, lo que le hizo perder un poco su popularidad y que renaciera la de Toraldo. Este triunfo animó mucho al Virey, coincidiendo con el arribo á Baya del duque de Tursi, de quien ya hemos hecho mencion, que trajo algunas galeras que habian estado detenidas en Génova, temerosas de dar en manos de los cruceros franceses. Pero esta llegada no proporcionó socorro alguno, tanto porque no venian tropas de desembarco en dichas galeras, cuanto porque el personaje genovés se reunió inmediatamente con el príncipe, desaprobando cuanto se hacia en Nápoles, y lamentándose de no haber llegado á tiempo de impedir, con la autoridad de sus consejos, desaciertos tan trascendentales.

Quiso probar nuevamente fortuna Brancaccio atacando el puesto de San Cárlos de Mortelle, y consiguió un nuevo descalabro. Los vecinos acomodados del barrio ayudaron á las tropas reales, y estas pelearon con tanta decision, que las masas populares fueron rechazadas con espantosa pérdida (2). Igual suerte corrieron seiscientos napolitanos escogidos, que llevando á su cabeza el carnicero aquel que cortó la del desventurado don José Caraffa, atacaron con ímpetu el puesto de Puerta Medina. Quince españoles solos que la defendian, sin armas de fuego, ni otras que espada y pica, opusieron á la masa popular tan denodada resistencia, causándole tan horrendo estrago, que la rechazaron y desbarataron completamente: conservando aquel puesto importante (como dice de Santis, historiador contemporáneo y no muy favorable), con inmortal gloria de ellos y de la nacion española.

Los descalabros sufridos en la ciudad no desconcertaban al pueblo, ni amansaban la tenacidad de la sublevacion. Nuevos pasos dados por el señor don Juan, con consejo del prudente duque de Tursi, para procurar un acomodo, fueron completamente inútiles. Y los jefes populares, sabiendo que la nobleza dirigida por Tuttavilla empezaba á lo largo el bloqueo de la ciudad, trataron de encender la guerra en la provincia de Puglia; tanto para distraer á los barones, cuanto para procurarse recursos en aquel feracísimo país. Mandaron pues una expedicion para apoderarse de la ciudad de Ariano, colocada en el camino sobre una altura, y guarnecida de tropas reales. Los habitantes, por sacudir el yugo del duque de Bovino, su señor, querian abrir las puertas á los populares, teniendo ya apretada la guarnicion; pero acudieron los barones, y en reñido encuentro escarmentaron á los napolitanos. Quisieron éstos refugiarse en Bovino, pero encontraron resistencia, sin duda porque ya iban vencidos, y tuvieron que volver completamente rotos, en el mayor desórden y con notable pérdida, á la capital.

Ufano y orgulloso empezó á mostrarse el Virey con estas ventajas, y se imaginó que la fortuna comenzaba á mirarle con ménos desden. Repartió los víveres que le enviara Tuttavilla, entre los castillos y los puestos militares; y aunque escaseaban las municiones, dispuso un nuevo bombardeo, pensando dar así el último golpe á la sublevacion, en su concepto ya abatida y postrada. Pero nuevos acontecimientos vinieron pronto á deshacer sus lisonjeras ilusiones.

Conociendo los jefes populares que nada adelantaba su causa con aquella lucha interminable, y que de poco servian los ataques parciales á puestos de escaso interés, y las expediciones de dudoso éxito á las provincias, y que lo que interesaba era dar un golpe positivo, que asegurara ante todo el completo dominio de la ciudad; determinaron atacar de firme, y con fuerzas que asegurasen la operacion, el convento de Santa Clara, recuperado otra vez y muy bien fortificado y guarnecido por españoles. Era punto importantísimo para el nuevo plan, pues su posicion central daba al que lo poseyese el dominio seguro de los barrios principales, y la llave de las comunicaciones entre los altos y los bajos de la poblacion. Decidido pues por los populares el ocuparlo á toda costa, se encargó Brancaccio de los preparativos y del mando de las fuerzas que debian embestirlo; y don Francisco Toraldo de las obras de ataque, y de la excavacion de una mina con que debia volar un ángulo del edificio.

El dia 21 de octubre, designado de antemano para la empresa, pusiéronse al amanecer á punto las tropas populares, en tanto número, que casi eran embarazosas, y que sólo la pericia de Brancaccio pudiera manejar sin confusion. Como perdido para los españoles podia ya contarse aquel importantísimo puesto, al ver las fuerzas que lo embestian, y el buen órden del ataque; pero al reventar la mina, precursora del asalto, vino la explosion por un lado, sin causar el menor daño al convento, y arruinando unas casas de enfrente, que sepultaron entre sus ruinas todas las fuerzas populares que las tenian ya ocupadas. Al trueno de la mina siguió otro más espantoso: el grito unánime de *traicion*, clavando la muchedumbre sus ojos de fuego en Toraldo. Conoció éste el paso en que estaba, y revolvió el caballo para salir de él; mas suspendió la accion, conociendo que con ella no podia lograr más que aumentar la sospecha. Estrechóle por todos lados la furibunda turba, abrumándolo de insultos y de maldiciones. Y huyendo de una salida oportuna que hicieron los soldados de Santa Clara, arrastró consigo al desventurado general hácia la plaza del Mercado. Quiso en vano la designada víctima arengar á la muchedumbre, en vano sus amigos quisieron darle favor, en vano sus parciales trataron de distraer al pueblo. Antes de llegar á la plaza, donde tal vez hubiera encontrado defensores, en un sitio llamado la Pietra del Pesce, despues de acribillado á puñaladas y de confundido á golpes, le cortaron la cabeza, resonando en sus labios estas palabras: *Muero por Dios, por el Rey y por el pueblo. Pues juro que mis acciones todas se han encaminado sólo á conciliar los ánimos, para dar paz á mi afligida patria* (3)... ¡Desgraciado caballero! No sabia que en las disensiones civiles de nada aprovechan los medios de conciliacion ni los buenos deseos; y que para reunir los ánimos discordes y embravecidos, y dar paz y concordia á un país revuelto, es necesario una energía de bronce, un prestigio de ángel, una fuerza de coloso para sobreponerse á todos los partidos; pues no halagando á los unos y á los otros, no prestándose ora á unas, ora á otras exigencias, sino dominándolos todos é imponiendo silencio á todas, se consigue la union y se restablecen el órden y la armonía.

CAPITULO XV

Muerto tan desastradamente el Capitan general que se eligió el pueblo con tanto empeño pocos meses ántes, parecia regular que recayese el mando

(1) Raph. de Turris. – Agnello de la Porta, MS.
(2) De Santis. – Comte de Modène. – Donzelli, MS.
(3) De Santis. – Raph. de Turris.
(4) De Santis. – Capecelatro, MS.
(5) De Santis. – Donzelli, MS.
(6) De Santis. – Raph. de Turris.
(7) De Santis. – Raph. de Turris.
(8) De Santis.

(1) De Santis. – Capecelatro, MS. – Comte de Modène.
(2) Capecelatro, MS.
(3) De Santis. – Capecelatro, MS. – Raph. de Turris. – Comte de Modène.